

tos sacados de las entrañas del Asia Menor. Estas obras de un arte tan antiguo, escitan una viva curiosidad y deben á su novedad no menos que á su rareza el fijar la atención mas que las admirables obras de Phidias, á las que son muy inferiores, pero que tienen la ventaja de no alterarse así la materia como el color con la influencia destructora del clima



Excavaciones en la antigua Ninive.—Cuadro de Mr. Gilbert.

de Londres y del carbon de tierra que sirve para calentar el Museo. Todos los descubrimientos de Mr. Layard, han sido grabados en un atlas en folio donde se describen fiel y minuciosamente por el viajero. Hoy vamos á dar á nuestros lectores el pequeño episodio que el hábil pincel de Mr. Gilbert ha trazado en la composicion de un magnífico cuadro,

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 9.

que grabado presentamos á nuestros lectores y que da una idea singular de las supersticiones árabes.

Un día, dice Mr. Layard, volvía yo del campamento del sheik Abd-Ur-Raman, y me dirigía hácia la colina donde estaban haciéndose las escavaciones, cuando vi dos árabes de la tribu corriendo á todo galope con sus yeguas. Cuando estuvieron cerca de mí se detuvieron.

—Apresúrate, ¡oh bey! exclamó uno de ellos con un aire particular y extraordinario, apresúrate á ir á donde están tus trabajadores porque han encontrado al mismo Nemrod! ¡Wallah! Es maravilloso; pero verdadero. Lo hemos visto con nuestros propios ojos. ¡No hay mas Dios que Dios!

Después, los dos, repitiendo esta última exclamación, volvieron á tomar el galope y se lanzaron hácia sus tiendas. Yo apreté el paso. Llegado á las ruinas, bajé al foso nuevamente abierto. Allí encontré á los obreros, que me habían visto venir, agrupados delante de una especie de muralla hecha de prisa y corriendo con las espaldas y sus mantas. Awat se adelantó hácia mí y me pidió albricias para celebrar el descubrimiento que acababan de hacer. Al mismo tiempo los árabes, descubriendo la improvisada muralla, me dejaron ver una enorme cabeza esculpida en alabastro del país. El resto del personaje estaba todavía enterrado. Reconocí inmediatamente en aquella escultura uno de aquellos bueyes ó leones alados que se habían descubierto en Koriaban, en Persépolis.

No se ve en nuestro grabado esta cabeza; supónese que está en el foso debajo del bajo-relieve. Un árabe la mira con señales de asombro y de terror, otro la enseña con un gesto enérgico al viajero inglés.

La cabeza estaba admirablemente conservada. Su expresión era tranquila y magestuosa, y los contornos revelaban una libertad de estilo y un conocimiento del arte que no debía esperarse en una obra cuya fecha es de tiempos tan remotos. El gorro estaba rodeado de tres cuernos. Era redondo y sin adorno alguno en la cúspide, como los que se han hallado recientemente en la Asiria. No me sorprendió el asombro y el terror que habían experimentado los árabes. Aquella gigantesca cabeza emblanquecida por los siglos, levantándose así, de repente, de las entrañas de la tierra, debía haber recordado á su imaginación tan viva uno de aquellos seres aterradores que según la supersticiosa tradición del país se aparecen algunas veces á los mortales subiendo lentamente de las regiones inferiores. Uno de los trabajadores, á la primera vista del monstruo, había arrojado á tierra su espada y echado á huir á todo correr hácia la parte de Mossoul. Supe con pesar esta circunstancia porque preveía las fatales consecuencias de ella.

Mientras que yo hacía desembarazar de los escombros la escultura y daba órdenes para que quitasen con precaución la tierra que cubría el cuerpo, se oyó un ruido de pasos de caballos. Bien pronto Abd-Ur-Raman á la cabeza de la mitad de su tribu vino á caer sobre nosotros, y se presentó á orillas de la escavación. Inmediatamente que los dos árabes que yo había encontrado habían llegado á las tiendas, se habían apresurado á esparcir la noticia del extraordinario suceso de que habían sido testigos. Todos montaron á caballo en seguida para venir á juzgar por sí mismos lo que podía haber de verdadero en aquella increíble relación. Al ver la cabeza exclamaron:

—No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.

Pasóse algun tiempo antes de que el sheik pudiese de-

terminarse á bajar al foso para asegurarse de que lo que tenía delante de los ojos era una estatua de piedra.

—Esta obra, murmuró por fin, está hecha, no por la mano de los hombres sino por la de esos gigantes infieles de quien el Profeta (la paz sea con él) ha dicho que eran mas grandes que los mas grandes árboles de dátiles. Este es uno de los ídolos que Noe (la paz sea con él) ha maldecido antes del diluvio.

Esta opinión, gravemente espuesta después de una atenta observación, fué adoptada por todos los árabes allí presentes.

Hice acostarse dos ó tres hombres cerca de las esculturas para guardarlas. Vuelto á la ciudad debí celebrar el descubrimiento del día haciendo cocer un carnero que dividí entre los árabes, y como por casualidad se hallaba una tropa de músicos ambulantes en Selameiak los hice llamar y se bailó una gran parte de la noche. Al día siguiente por la mañana, los árabes del otro lado del Tigris y los habitantes de las aldeas inmediatas vinieron á la colina. Las mugeres mismas no pudieron resistir á su curiosidad y acudieron en tropel desde muy lejos con sus niños. Trabajo grande costó el impedir que la muchedumbre se precipitase en el foso ó escavaciones.

Como había previsto Mr. Layard, el rumor de estos descubrimientos al llegar á Mossoul, produjo una grande emoción. No se encontraban las gentes, ni se hablaba en las calles, en los bazares y en las casas sino diciéndose con terror que acababa de aparecer Nemrod. El cadí hizo venir muftí y al ulema para consultarlos: después todos tres fueron á casa del gobernador para protestar en nombre de los musulmanes de la ciudad contra el proceder de los extranjeros, enteramente contrario, según ellos á las leyes del Koran: decían que estas escavaciones eran una impiedad que creían fatal los verdaderos creyentes, que violaban los sepulcros y turbaban el reposo de los profetas. El cadí no tenía una idea muy clara de lo que era el descubrimiento. ¿Era la cabeza del poderoso cazador que no debía desenterrarse, ó era solo su imagen? El gobernador por su parte no se acordaba bien de si Nemrod había sido en vida del Profeta verdadero creyente ó si había sido infiel. En su perplejidad tomó el partido de mandar suspender los trabajos hasta que se tomasen mas completos informes. Esto fué objeto de nuevas negociaciones de que, sin embargo, logró triunfar el animoso viajero, gracias sobre todo á la protección vigilante y poderosa que el gobierno inglés dispensa á todos sus súbditos sobre toda la superficie del globo y cualesquiera que sean los negocios á que se dediquen.

FACUNDO MIGUEZ.

DESCUBRIMIENTO DE MADERA.

CRONICA PORTUGUESA.

A principios del siglo XV, bajo el reinado de don Juan I, los portugueses después de haber arrojado á los moros al otro lado del Mediterráneo, dirigieron todos sus pensamientos á emprender largos viajes de descubrimiento. Entonces aparecieron casi simultáneamente, Gilianez, que dobló el primer el formidable cabo Bojador; Cintra, que conquistó las

islas de Argerin; Juan Gonzalo Zarco y Tristan Tesora, atrevidos investigadores de los mares africanos; Dionisio Fernandez, que se atrevió el primero á subir el rio Senegal; Nuño, que murió batiéndose con los negros de Cabo Verde; Gonzalo Vello, que descubrió las Azores. Jamás un número tan grande de navegantes célebres habia aparecido en nacion alguna á la vez. Para dirigir mejor las expediciones marítimas, el infante don Enrique, hijo tercero del rey, fijó su residencia en el castillo de Ternaubal en el cabo de Sagres á treinta y dos leguas de Lisboa y cerca del cabo de San Vicente en la punta mas al S. O. del Portugal; desde donde veia los buques portugueses cinglar hácia el destino que él ó su padre don Juan les habian marcado.

A fines de enero de 1421, habia tres mugeres reunidas en una pobre casa del arrabal de Sagres, hilando silenciosamente. La de mas edad se levantó al oír dar la hora en el reloj de la iglesia vecina, y tomó la palabra en estos términos:

—A estas horas, hace cuatro años, hijos míos, que Juan Morales, vuestro padre, nos dejó para hacerse á la vela. Por largo tiempo hemos esperado su vuelta; pero su prolongada ausencia destruye todas nuestras esperanzas; ha muerto, hijos míos, muerto en las olas ó en alguna lejana playa, sin los consuelos de su familia, ni los auxilios de la iglesia. Ya que no hemos podido asistirle en sus últimos instantes, roguemos al menos por su salvacion eterna.

La madre y los hijos se arrodillaron llorando y recitaron el salmo: *Domine Deus, audi nunc orationem mortuorum Israel.*

Apenas habian acabado el primer versículo, cuando abrieron bruscamente la puerta y se adelantó al dintel un hombre. A pesar de su capote blanco cuyo capuchon le caia sobre la frente, á pesar de su desordenada barba que le ocultaba la parte baja de la cara, las tres mugeres creyeron ver á Juan Morales; pero la brisa de la noche entrando por la puerta abierta apagó la tea y les impidió el comprobar mas por estenso la identidad del forastero.

—¡Es [el alma de Juan que vuela! dijo la madre llena de supersticioso terror.

—No, Pepita, respondió el recién llegado, tu marido es el que te habla, es el mismo á quien la Providencia se ha dignado salvar del naufragio y del cautiverio, enciende la tea para que pueda veros y abrazaros á todos.

Después de la primera efusion de alegría, la mayor de las hijas dijo á Juan:

—¡Ya no creíamos volveros á ver, padre mio!

—Si, añadió la segunda, ya os llorábamos como perdido para nosotros en este mundo; muchas veces hemos ido á sentarnos á la orilla del mar, investigando el espacio y pidiendo al cielo os volviese á nuestros cariños; y cuando por la noche nos retirábamos, llevábamos la desesperacion en el corazón.

—Poco ha faltado para que os perdiese, hijas mías, repuso Morales; mucho tiempo he creído que no volvería á ver ni mi familia ni mi patria; he experimentado cuéles padecimientos; pero todos quedan compensados con una noche como esta.

—¿De dónde vienes? le preguntó Pepita.

—De las prisiones de Marruecos.

—¿Has sido esclavo?

—Apenas hace seis días que aun era esclavo de los infieles: cansado de mi triste situacion he querido libertarme á toda costa. Escapado milagrosamente he atravesado el mar en una débil embarcacion; la esperanza de volver á veros re-

doblabá mi valor; además, pensaba que mi apoyo os era necesario, que durante mi ausencia apenas habreis ganado con que manteneros, y tenia prisa de traer os un secreto, de que soy único poseedor y que debe enriquecernos. Yo, pobre piloto que aparezco hoy medio desnudo y enfermo, puedo hacer á Portugal un eminente servicio. Mañana os explicaré el asunto de que se trata; ahora necesito reposo.

Al día siguiente refirió Morales á su esposa las circunstancias que le habian alejado durante tanto tiempo.

—Ya sabes, la dijo, que partí en la primavera de 1417 de piloto en un buque mercante que iba á Inglaterra. Encontrándome una noche en el muelle de Bristol, se me acercó un jóven inglés y me dijo bruscamente:

—¿Os llamais Juan Morales, y sois piloto?

—Si, señor caballero.

—Me han alabado vuestro mérito y esperiencia. ¿Quereis conducir á Cádiz una goleta que he fletado?

—Siempre estoy dispuesto á hacerme útil. ¿Cuándo partís?

—Esta noche misma.

—¡Esta noche! La mar está picada y el viento es contrario —No importa; mis negocios exigen que deje inmediatamente la Inglaterra. Consentid en acompañarme y os pagaré como un rey.

Aunque tanta precipitacion me pareció sospechosa, la idea de volver á veros y de aumentar la suma que os traía, me determinaron á seguirle á bordo de su goleta que estaba á la capa á una milla de la costa. Aparejamos en cuanto suspendieron al costado la barca que nos habia llevado; el viento era Sud-sud-oeste y cambiaba á ratos, navegamos lo mas cerca posible de nuestro derrotero; pero pronto nos vimos obligados á amainar las velas latinas, izar otras mas pequeñas, con lo que renunciando á seguir nuestra direccion, nos limitamos á correr el viento. La borrasca duró todo el día siguiente y nos desarboló del palo de mesana; durante trece largos días, navegamos á la ventura perdidos en la inmensidad del Océano; por fin en la mañana del catorce avistamos tierra; era una tierra verde y florida; pájaros de brillantes plumas vinieron á posarse en las vergas, y animales desconocidos salian del bosque á mirarnos. ¡Aquello era un paraíso, Pepita, un paraíso con todos sus goces! Masham nuestro capitán dió orden de acercarse á tierra y saltó el primero en el bote, cerca de él habia una muger que aun no habia yo visto porque no habia salido de la cámara. ¡Estaba débil y pálida, las penas y el cansancio la agobiaban! ¡pobre muger! Su vida era la de tantas otras; un amor de la infancia, una inclinacion contrariada, un casamiento de interés, un rapto, un atentado contra la fé jurada... ¡Ay! los dos culpables, lo espionaron bien cruelmente; han muerto, Pepita, no escaparon de las tempestades, sino para venir á espirar en aquella playa desierta. La muger, Ana Dorset, sucumbió la primera; Masham la siguió pocos días después y los dos descansan en aquella isla lejana.

Después de haberles tributado los últimos deberes nos hicimos de nuevo á la mar y un terrible huracan echó nuestro buque á las costas de Africa. La mitad de la tripulacion se ahogó, el resto agarrados á los pedazos del buque pudimos llegar á tierra donde nos esperaban los moros. Yo solo en el día sobreviví á los sufrimientos del cautiverio; parece que Dios me ha conservado para que no quede inhabitada aquella isla, cuya direccion conozco. Me ha escogido para enseñársela á mis compatriotas, para aumentar con una

nueva conquista las posesiones portuguesas, para acrecentar las riquezas de mi patria y asegurarme á mí tambien una posicion brillante, una eterna fama.

Juan Morales pronunció estas últimas palabras con entusiasmo, y su muger que al principio pensó en contenerlo, le vió ya capitán de una carabela y descubriendo como Marco Polo otra nueva isla de Cipango.

—Apruebo tus proyectos, le dijo, aunque deban de nuevo separarnos; son los de un buen patriota y de un hombre honrado; pero estás bien seguro de la posicion que ocupa esa isla desconocida?

—¿Si estoy bien seguro? contestó Morales sacando un pergamino de su cartera; toma, mira el plano que he trazado. Esta punta es el cabo de Sagres donde ahora nos hallamos. Al S. E. están las costas de los estados berberiscos, siguiéndolas se llega á la embocadura de un rio pequeño, donde llaman el Muleya; demasiado lo conozco, pues allí fué donde los musulmanes se apoderaron de nosotros y de los restos de nuestra goleta. Pues bien, casi enfrente al Oeste, repara este círculo que he trazado, esa es mi isla, la isla que hemos reconocido. Ahora bien, saliendo de Sagres con la proa al S. O. caeremos infaliblemente sobre mi dominio.

—Antes, repuso Pepita, es preciso pedir una audiencia á S. M., ó mas bien al infante, que es el que se ocupa especialmente de los asuntos marítimos.

—Ya he pensado en eso y voy á ocuparme hoy en redactar mi memorial. Pronto, tráeme el tintero, me siento lleno de inspiracion.

Morales empleó mas de una semana en componer y copiar una solicitud circunstanciada, en seguida se fué al palacio de Ternaubal y pidió una audiencia del infante.

—Imposible, camarada, le respondió el oficial de guardia, importunado por la multitud de peticionarios; don Enrique ha tomado el partido de despedirlos á todos.

—Al menos, ¿no podrá presentársele una solicitud?

—No; ha dicho formalmente que no recibiría ninguna; está en cama hace tiempo; á sus trabajos y estudios atribuyen los médicos sus dolencias; y por tanto le han encargado el mas absoluto reposo.

—¿Pues á quien he de dirigirme?

—A S. M. don Juan I en su palacio de Lisboa.

Morales se retiró tristemente y vino á participar á su esposa este contratiempo.

—De buena gana iria á Lisboa, dijo; pero la distancia es larga y no tenemos un cuarto. Así aguardaré, iré todos los dias á saber como está el príncipe; esperaré en las puertas de palacio como un cazador en su acecho; é interinamente para vivir haré el oficio de práctico en Sagres.

Fiel á sus proyectos, Morales, durante dos meses pasó la mayor parte del día piloteando buques que entraban en rada ó que costeaban; al anochecer iba á preguntar por el infante, cuyas debilitadas fuerzas no se reponian. La guardia, y los criados de Ternaubal, ya se habian familiarizado con el infatigable pretendiente; sin revelarles sus proyectos, les hablaba vagamente de una tierra desconocida que queria descubrir y como describía con énfasis las magnificas selvas que la coronaban, le pusieron el apodo de el hombre de Madera (el huomo de madeira).

Ya empezaba Morales á perder la esperanza, cuando al despertarse una mañana oyó á su hija que decia á una persona al dintel de la puerta:

—Si señor, aquí vive, pero no tiene el *don* con que lo calificais; se llama no don Juan Morales, sino sencillamente Juan Morales, piloto, y en el dia de oficio práctico del puerto.

—Sea la que quiera su condicion, señora, replicó el forastero, es un hombre de mérito, honrado con la estimacion de S. A. en cuyo nombre vengo.

—Sed muy bien venido, caballero, dijo el piloto, saliendo á toda prisa y á medio vestir. ¡Proteja Dios á don Enrique y le pague haberse acordado por fin, de su fiel servidor! ¡Pepita! dijo á su muger, destapa una botella de Oporto bien viejo, y saca cebada para la montura de este caballero. Y bien, añadió dirigiéndose al forastero, ¿está por fin ya bueno S. A. y dispuesto á recibirme?

—Aun no, por desgracia; antes de concederos una audiencia quiere que le deis algunas noticias de lo que pretendéis, y me ha enviado á buscaros para informarme del objeto de vuestra solicitud.

—Nada mas fácil, caballero, voy á entregárosla, y si teneis la bondad de llevársela...

—Ese es mi encargo, Morales, dadme vuestro memorial y hoy mismo lo verá don Enrique.

—¿Será posible? exclamó el piloto.

—Nada mas positivo; y dentro de tres dias os traeré yo mismo la contestacion.

—¿Dentro de tres dias!.. ¿lo oyes, Pepita? El infante apreciará mi proyecto y dentro de tres dias para llevarlo á cabo me concederá un buque; partiré con el título de capitán, tomaré posesion de la isla en nombre de S. M. don Juan I, y á mi vuelta me colmarán de honores y riquezas. ¡Ah! ¡caballero, sois mi ángel bueno!

—No me debéis ningun agradecimiento; no hago sino obedecer las órdenes de mi señor. Dadme vuestro memorial.

—Tomadle.

—¿Va bien esplicito?

—Perfectamente.

—¿No quereis añadir nada?

—Creo que no hace falta; si gustais podemos releerlo.

—Es inútil; el infante me ha encargado obtener de vos verbalmente algunos detalles, pero á él solo compete el penetrar vuestro secreto y apreciar su exactitud. El solo debe romper el sello que tiene vuestro memorial. Adios, señor Morales, hasta dentro de tres dias.

Se alejó con rapidez el caballero, dejando á Morales embriagado de gozo en union con toda su familia; pero con gran sorpresa suya el mensajero de don Enrique no pareció á los tres dias.

—No habrá tenido tiempo el príncipe, decia Juan Morales, de examinar mis garrapatos; no importa; ya sé lo que es tener paciencia.

Pasó una semana sin que volviese el mensajero: es preciso, dijo Pepita, ir á buscarle á Ternaubal.

—Es claro, respondió Morales, pero estaba tan turbado cuando lo ví que se me olvidó el preguntarle su nombre.

—Ese es un descuido de fácil reparacion, debe ser persona conocida allí y bastará dar sus señas y referir lo que ha ocurrido.

Morales fué volando á Ternaubal, al acercarse oyó campanas y tiros, y supo que don Juan I y su real esposa la duquesa de Lancastre venian desde Lisboa á hacer una visita al infante don Enrique y se dirigian hácia palacio, acompañados de una comitiva numerosa y escoltados por sus guar-

días. El piloto penetró entre la multitud que se paraba al paso de la regia comitiva, buscando con la vista á su mensajero que distinguió cerca de S. M. en un magnífico corcel.

—¿Cómo se llama, preguntó á sus vecinos, ese caballero que lleva en su toca una pluma roja y está condecorado con la orden de Cristo?

—Es un cortesano nuevo, llamado Nuñez de Alvarado, sirvió como teniente de navío en la expedición de Ceuta y goza de gran privanza hace pocos días sin que nadie pueda explicarse la causa.

No tuvo tiempo Morales para preguntar mas; pasada la comitiva la calle que la multitud formaba se deshizo y entraron en Ternaubal. Arrastrado por la muchedumbre el piloto penetró entre los guardias, se acercó á Nuñez de Alvarado que desmontaba y agarrándolo por un brazo le dijo:

—Caballero, ¿y mi petición?

Nuñez se volvió bruscamente y se cubrió su fisonomía de mortal palidez que el piloto atribuyó á la cólera.

—Dispensadme, repuso, que os importune así; pero me prometisteis volver al tercer día y os he esperado en vano.

—No os he olvidado sin embargo, le contestó, reponiéndose de su turbación; el príncipe sabe vuestro negocio y espero que el día no pasará sin que le hayais hablado.

—¿Qué debo hacer para conseguirlo? ¿Será admitido según costumbre el pueblo en la cámara durante la comida? ¿Espero á entonces ó debo seguirlos desde ahora?

—Subid conmigo, dijo Alvarado, como si hubiese tomado una resolución repentina.

Los dos después de subir algunos escalones de la escalera principal tomaron un estenso corredor y penetraron en un cuarto del que Alvarado, tenía la llave.

—Este es el cuarto que ocupó en Ternaubal; esperad en él hasta que os llame. Ahí encontrareis entre mis libros curiosos manuscritos que os ayudarán á tener paciencia.

—¿Cuánto os agradezco, señor, el haber empleado en mi favor vuestro crédito!

—Tengo menos del que se os figura; pero ya que algunos servicios me han valido la estimación de don Enrique, deber mío es el aprovechar mi posición para hacer fructificar proyectos útiles al estado. Os dejo, señor Juan Morales: ahora que me acuerdo, habeis hecho una larga caminata, estais en ayunas, ¿quereis tomar algo?

—Acepto con mucho gusto, aunque es bien triste comer solo. Brindando por la salud de don Enrique me parecerian mas cortas las horas que han de pasar hasta mi presentación.

Nuñez de Alvarado salió y se dirigió hacia las cuadras del palacio, allí encontró á su criado ocupado en cuidar su caballo. Este criado era un mozo africano, que le tocó en lote después del sitio de Ceuta.

—Ben-Hamed, le dijo, te daré la libertad y doscientos pesos fuertes, si cumples con mis órdenes.

El moro lanzó un grito de alegría.

—Hay en mi cuarto un hombre, continuó Alvarado, cuya muerte necesito.

—Dadme, señor, vuestra espada.

—No, podrían oír sus gritos; quedarían en su cuerpo señales de la violencia; es necesario que se pueda atribuir su muerte á un suicidio ó un accidente imprevisto; quiero que me desembarace de él sin riesgo y sin ruido. Escucha; pídele de mi parte al mayordomo algunos platos y una botella de vino que llevarás á mi cuarto. Antes de entrar viertes en

el vino lo que hay en este frasquillo; es un poderoso narcótico que no dejará de obrar. Al cabo de una hora, durante la cual cuidarás de que te vean en todas partes para evitar sospechas, volverás al cuarto donde estará nuestro hombre profundamente dormido y le tirarás por la ventana á los fosos del castillo.

—¿Me jurais, señor, darme la libertad?

—Te lo juro por la cruz que ves en mi pecho. Mañana al ser de día la carabela cuyo mando me han dado sale para una isla próxima á las costas de Africa. Al paso tocará en Túnez y te dejará en tierra, desde donde te será fácil ir á tu país con la suma que te he ofrecido.

—Señor, dijo Ben-Hamed, siempre me habeis tratado bien. Vais á volverme á mi patria y para probaros mi agradecimiento hasta matar á un cristiano! Os prometo que á media noche no existirá ya ese hombre.

—Cuenta con mi promesa como yo lo hago con la tuya.

Nuñez de Alvarado corrió á la playa, se metió en una barca y fué abordo de su carabela á dar sus últimas órdenes al equipaje para que estuviese pronto á dar á la vela de un momento á otro. Al regresar á Ternaubal le entregó un page un pliego de don Enrique. —¿Es mi nombramiento! esclama Alvarado con alegría; ahora el buen éxito de mi plan está asegurado; he rectificado lo que la casualidad enredaba; y yo seré el que obtenga la gloria que un miserable iba á conseguir.

Volvió á reiterar sus órdenes á la tripulación y se apresuró á regresar á la sala del festín donde ya la real familia había tomado asiento. Alrededor de las mesas circulaban una multitud de habitantes de Sagres y pueblos vecinos, que según costumbre de los banquetes de aparato habían sido admitidos á contemplar al soberano. La muchedumbre fué despejando poco antes de los postres, entonces don Juan I hizo acercarse á Alvarado y le felicitó por el descubrimiento que la suerte había deparado á su valor.

—Tengo intención, añadió, de presenciar la partida de vuestra carabela y para estar levantado con la aurora, voy á retirarme á mi cuarto.

—Están situados en la otra ala de Ternaubal, dijo el infante, permitidme, padre mío, que os acompañe á ellos.

Los convidados se levantaron y todos bajaron la escalera principal. Don Enrique que iba el primero, se detuvo de repente al ver un hombre dormido bajo la élice que formaban los escalones y Nuñez de Alvarado quedó como herido de admiración y de terror al reconocer en él á Juan Morales. Se hallaba pacíficamente tendido como un bebedor subyugado por demasiado frecuentes libaciones; respiraba con trabajo; pero su cara amoratada no revelaba emoción alguna.

—¿Qué hombre es este? preguntó el rey.

—Sin duda algun miserable borracho, dijo Alvarado. ¿Queis que le haga sacar fuera del palacio?

—No, señor, dijo el infante que lo despierten y lo interroguen.

Varios de los presentes se acercaron á Juan Morales y lo sacudieron muchas veces sin conseguir despertarlo.

—Príncipe, dijo el médico que acompañaba á su magestad, este hombre no está borracho; lo que tiene es que ha tomado una gran cantidad de ópio; pero yo sé el medio de sacarlo de su letargo.

—Pues no perdais un instante, repuso don Enrique.

El médico fué á preparar un antídoto cuya receta debía

á los árabes y que consistía sencillamente en una infusión muy cargada de café. Entretanto uno de los dependientes de Ternaubal dijo al infante:

—Señor, yo conozco á este hombre, se llama Juan Morales, de oficio práctico del puerto y sobrenombre el *hombre de Madera*. Durante vuestra enfermedad se ha presentado mil veces á las puertas de palacio diciendo que tenía una solicitud importante que someteros y que sabía el derrotero de una isla desconocida á donde había llegado con un inglés llamado Masham.

—¿Qué significa esto? dijo el infante volviéndose hácia Alvadro.

—No sé, príncipe, balbuceó éste, tal vez este hombre formaba parte de nuestra tripulación.

Volvió el doctor en tanto é hizo tomar su pocion á Juan Morales, que no tardó en abrir los ojos. El infante le dirigió la palabra y oyó del buen piloto la fiel relacion de cuanto había ocurrido.

—Esperaba al señor de Alvadro, dijo concluyendo, un esclavo moro me trajo víveres y vino dejándome solo; sediento por el calor del día he vaciado completamente la botella que me llevó el moro. En pocos instantes mi vista se oscureció, la sangre se me subía á la cabeza, y mi cara se me cubrió de abundante sudor. Aturdido, fuera de mí, conociendo la necesidad de andar y de respirar, he abierto la puerta, me precipito en el corredor; pero bien pronto el vértigo se ha aumentado, y caí sin sentido en el sitio en que se me ha encontrado.

—¿Con que Nuñez, dijo el infante, se presentó á vos como mi mensajero?

—Sí señor, y le entregué la memoria cuya copia está aquí, y los mapas que había trazado para el derrotero cuyas copias conservo también.

—Dadme esos papeles. Presumo, señor Morales, que habeis sido víctima de un odioso y villano engaño; pero sereis generosamente resarcido. Esta noche dormireis en el palacio, enviaré una persona que lo advierta á vuestra familia, y mañana aclararemos vuestro negocio. ¿Dónde está Nuñez de Alvadro?

Viendo su trama descubierta, aprovechó Nuñez la confusion causada por aquel incidente para evadirse. Don Enrique encargó que buscaran al fugitivo. El centinela de la entrada dijo que Nuñez no estaba ya en Ternaubal habiendo salido á caballo seguido de su esclavo Ben-Hamed.

—¡Menterez! dijo el infante á su capitán de guardias, perseguidlos, y si por la oscuridad de la noche se os ocultara, al menos tomad vuestras disposiciones para alcanzarlos por la mañana. A vos doctor, confío á Morales y os encargo que que considereis su existencia como la mia propia.

Dicho esto los príncipes se alejaron dejando al piloto bajo el peso de una especie de alucinacion.

Aquella misma noche recibió de su alteza un presente de cien ducados y un traje magnífico. Por la mañana le entregó don Enrique carta de nobleza y un despacho de capitán de navío.

—¡Noble yo! ¡yo capitán! exclamó Morales; Pepita no lo va á creer, y sin embargo, es verdad testificada por la firma de don Juan I y confirmada por el sello real. ¡Príncipe! espero que he de lograr hacerme matar en vuestro servicio.

—Basta de gracias y cumplidos, caballero, dijo el infante; mientras dormiais, he velado, he tomado informes, y he

averiguado cuanto os concernia. Abusando de los poderes que le tenia conferidos, Nuñez de Alvadro se ha hecho á la vela esta noche; es preciso quitar á ese traidor la gloria de ser el descubridor. ¡Marchad, pues! Dos carabelas están ancladas en la rada de Sagres; una la mandará don Juan Gonzalo Zarco y la otra vos. Os he asociado ese buen caballero porque hace dos años reconoció la isla de Puerto Santo, situada segun toda probabilidad cerca de esa que llamaremos *Madera*. Id á despediros de vuestra familia y estad listo para ir abordo dentro de tres horas. ¡Adios! He dado órden que tengan á vuestra disposicion un caballo.

Tres horas despues, la muger é hijos de don Juan de Morales, seguan con los ojos el buque que le llevaba á paises desconocidos.

Las dos carabelas llegaron á Puerto Santo, donde encontraron portugueses que Gonzalo Zarco había dejado en su viage anterior. Morales consultó sus planos y reconoció que la isla de Madera debía hallarse al S. O. Ninguna tierra había en esta direccion solo se veian nieblas compactas persistentes que se elevaban desde el mar hasta el cielo.

—Madera está allí, dijo el antiguo piloto á Gonzalo Zarco; esas neblinas son las emanaciones de sus inmensos bosques.

Los dos aventureros se dieron valerosamente á la vela, y dominando el terror de los marineros, abordaron á Madera, de que tomaron posesion el 8 de julio de 1421, día de Santa Isabel, en nombre de S. M. don Juan I de Portugal y del príncipe don Enrique, caballero gran maestre de la órden de Cristo. Desembarcaron cerca de una lengua de tierra que llamaron la punta de San Lorenzo, siendo su primer cuidado el ir á orar á la tumba de Masham y Ana Dorset.

Cinco dias despues del arribo de los portugueses, el tiempo que había sido favorable durante todo el viage, varió de repente. El mar se alborotó y batió con estrépito las rocas de la costa, y negras nubes cargadas de electricidad cubrieron el cielo de un espeso velo.

—Nuestras carabelas están en una bahía segura, dijo Morales, pero ¡pobres de los buques que á estas horas se encuentran en el mar! Hemos abordado aquí los primeros, la carabela de Nuñez de Alvadro debe hallarse en el mar, y á pesar de su infamia no puedo menos de compadecerle y rogar á Dios por él.

En este momento los vigías colocados en los palos de los buques avisaron que había un buque á la vista. Los dos capitanes dejaron la cámara en donde estaban y sobre el puente vieron bastante cerca un buque que destrozaba el huracan.

—Esa no puede menos de ser la carabela de Nuñez, exclamó Zarco.

—Socorrámoslo, dijo Morales.

—Imposible, repuso Zarco, no podríamos echar al agua las barcas sin inminente peligro de la vida de nuestros hombres. Ademas, ved; el buque ha tocado en un arrecife y ya los naufragos se disputan los restos del casco y arboladura.

—Tal vez salvemos algunas víctimas, dijo Morales. ¡Arriba, muchachos! ¡vengan cables, tablas, toneles vacíos! y saltando en su barca con algunos marineros se dirigió y desembarcó en el sitio de la costa en que las olas que rompian debian llevar algunos restos de la tripulacion y del buque. Pero sus esfuerzos fueron en vano, el mar lo había tragado todo y el solo cadáver que logró sacar de las ondas furiosas fué el de Nuñez de Alvadro!...

M. DE LA TORRE.

LA VIRGEN LAVANDO LAS LLAGAS DE JESUS.

Correspondiente al número de este mes, en que la Iglesia celebra los sagrados misterios en que el Salvador del mundo con su último sacrificio redimió al hombre de la culpa, hemos dado el grabado de un hermoso cuadro de B. Mason, que representa á la Virgen María lavando las llagas de Jesucristo despues de haber sido bajado de la Cruz.

Habia llegado el momento en que la Inmaculada Virgen iba á ser separada de Jesus. Una íntima alianza habia unido el corazon de la madre y el corazon del hijo; y los mismos dolores al pie de la Cruz, los habian asociado á la consumacion de la grande obra de la Redencion divina. El evangelista nada nos dice de los dolores de la Santísima Virgen, y es de creer que nada tenia que decirnos; porque por mas que se hubiera espresado, jamás hubiera podido explicarlos. Solo los dolores pequeños son los que hablan: los grandes callan: convenia, pues, que el Evangelio callase. Sin embargo, una sola palabra como escapada al historiador sagrado, nos ha dicho bastante para que podamos calcular la situacion tristísima de María. Estas únicas palabras fueron: «la madre de Jesus estaba de pie debajo de la cruz de su hijo. *Stabat mater juxta crucem Jesus, mater ejus.*»

María sufrió cuanto puede sufrir el corazon de una madre, y María no era una madre como las demas; era una madre por una gracia sobrenatural; era una madre por un milagro: pues bien: la Santísima Virgen amaba á su hijo, no solo como las madres ordinarias, como las mas tiernas madres aman á sus hijos, sino con toda la ternura que le habia sido sobrenaturalmente dada por el cielo. Esa tiernísima madre estuvo allí..... al pie de la cruz; y de esa cruz se hallaba pendiente su hijo, el mas hermoso de los hijos de los hombres: lo veía sujeto con tres clavos; la cabeza coronada de espinas, destrozado el cuerpo, azotado, hecho una llaga desde las plantas de los pies hasta los cabellos, sin haber un solo punto que no estuviese cubierto de heridas: aquel cuerpo surcado, como está la tierra surcada por la reja del arado, fué aventado al aire, como es aventado el grano por los vigorosos labradores.

¡Ah! una pobre madre cuando ve morir á su hijo, la separan de él á fin de que sus ojos maternales no tengan que contemplar la muerte del fruto de sus entrañas; empero á ella no la fué permitido alejarse; ademas, no se lo hubiera permitido su corazon..... Una madre cuyo hijo está moribundo, cuando el sudor de la agonía corre por su frente, tiene al menos el consuelo de enjugar y limpiar aquel frio sudor: María no pudo atajar la sangre que corria de las llagas del Salvador. Una madre cuando se halla al lado del lecho de su hijo, estiendo sus manos sobre la almohada, y sostiene su débil cabeza: María no pudo tocar la cabeza de Jesucristo, que no sabia donde reposarla porque estaba coronada de espinas. ¡Ah! no hubo dolor, ni lo ha habido como aquel dolor; y con verdad pudo decir la Virgen aquellas palabras de la Santa Escritura: «Vosotros los que pasais, considerad y ved si hay un dolor comparable á mi dolor.»

Despues de haber asistido á todos los tormentos que precedieron á la pasion, despues de haber visto morir al hijo de sus entrañas, María todavía no se separa del pie de la cruz; y cuando por permision de Pilato lo bajan para poderlo se-

pultar el piadoso Nicodemus, María acompañada de las santas mugeres lava las llagas que afeaban aquel cuerpo sagrado que habia salido de sus entrañas, y en que se miraban los ángeles del cielo.

Mirad: ved cuánta dignidad hay en el dolor de esa madre: ¡dignidad, sí, dignidad y amor! Es madre, y la maternidad es una gran dignidad sobre la tierra: es madre; ¡y qué madre! ¡y de qué hijo! Seguramente nuestras lectoras, las que tengan la dicha de ser madres, nos comprenderán cuando las digamos que aquí en el mundo, en el espectáculo de los dolores que nos ofrece, no hay nada de mas digno, de mas elevado, de mas noble, de mas venerable que los dolores de una madre. Pues bien: María, despues de haber bajado á su hijo de la cruz, del árbol del sacrificio, se inmola ella misma en su dolor al tener en sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo. Aquel que llevó en su seno, que alimentó con su leche, que contempló durante treinta y tres años en su carrera mortal, ese es el que está allí; ese es el que tiene en sus brazos. ¡Ah! todo lo que el amor, todo lo que el respeto, todo lo que la fidelidad, todo lo que la abnegacion puede inspirar, se reunieron entonces en el fondo de aquella madre. Ella está de pie al lado de su hijo, lavándole las llagas de que se halla cubierto su cuerpo. Lloro: está abismada en su dolor. ¿Hay acaso una dignidad comparable á la suya? Los ultrages, las blasfemias, los insultos, el encarnizado odio habia seguido á su hijo hasta en la agonía. Allí está hasta sin consuelo, sin mas amigos que tres santas mugeres, y el anciano Nicodemus que va á sepultarle en el sepulcro, de donde dentro de tres dias va á salir triunfante de la muerte para dar principio á un reinado sin fin. María ha presenciado las últimas palabras del Salvador; ha estado allí, y no ha podido apagar su sed; ha oido cuando abandonado del cielo se quejaba de aquel abandono; su alma ha sufrido todas las angustias de la agonía, de la debilidad, de la repugnancia y del horror; y su madre ha estado de pie allí. *Stabat mater.* ¡Cuánto ha debido sufrir! Empero, ¡con qué dignidad no lo ha sufrido! María, segun el sentir de los Santos Padres, ha sufrido tanto como el mismo Salvador del mundo: ha estado íntimamente unida al sacrificio de su hijo: María, ilustrada con todas las luces de la verdad, María asociándose á la obra de la reparacion, de la redencion humana, María sufre. Su dolor es como un inmenso océano: María, dice San Bernardo, estuvo sumergida entera en un mar de amargura. En aquel instante el espectáculo del diluvio de las iniquidades del mundo se presentó al corazon de María. Sus olas amenazadoras las vió levantarse del proceloso piélago contra la autoridad, contra la justicia de su hijo, contra su bondad, contra su misericordia, contra su Evangelio, contra su iglesia, contra sus sacramentos, contra su gracia. Vió levantarse y revolverse todas las pasiones humanas. Todo lo contó; todo lo midió; todo lo sintió. Conoció tambien lo que Dios merece; lo que merece la abnegacion de su hijo; lo que aquella sangre reparadora pedia al mundo: su dolor sin duda media toda la estension de los ultrajes y de las ofensas hechas á la magestad divina, y no su cumbió bajo tan cruel peso. María al pie de la cruz, en aquella hora solemne del sacrificio, de la reparacion, llora sobre las iniquidades de los hombres; las espía con su dolor; aceptó el legado que desde lo alto de la Cruz le hizo su Hijo, de ser la madre de la humanidad entera. La madre de Dios fué la madre de los hombres: los dió á luz trabajosa y dolo-

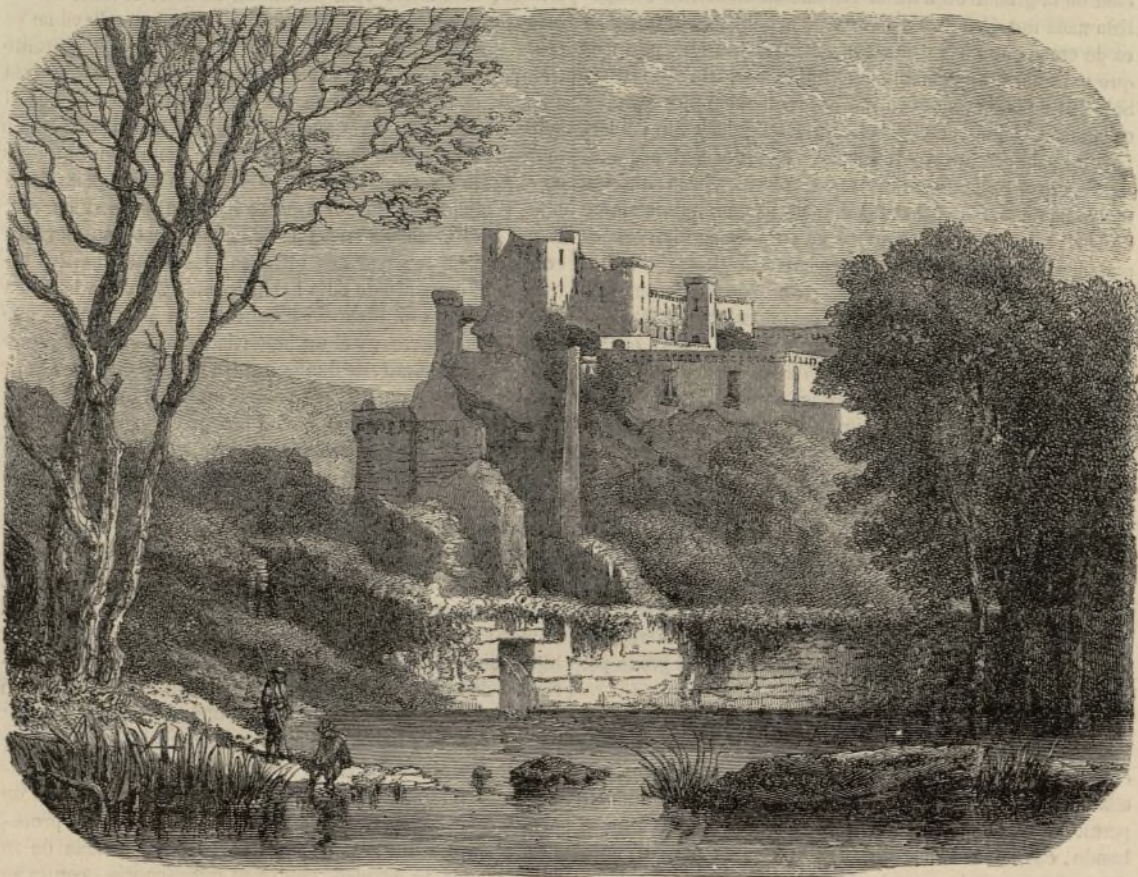
rosamente en el Calvario: somos sus hijos adquiridos al precio de sus dolores; y el mundo recibió en el día del sacrificio la consoladora palabra caída de la boca misma del hombre Dios: «He ahí vuestra Madre.» Desde entonces, hace diez y nueve siglos el mundo se dirige á María, y María mira al mundo como á su hijo. En ella ha encontrado un tesoro para sus miserias; un bálsamo para dulcificar sus penas, para consolar sus males, y para ser iluminado en su camino. El corazon y la mano compasiva de María, consagrados á los hombres desde el Calvario, no nos abandonan jamás. Así es que la humanidad tiene, y debe esperarlo todo, en la Cruz de Jesucristo y en los dolores de su Madre.

EL CONDE DE FABRAQUER.

CASTILLO DE BARBEN.

El castillo de Barben pertenece desde 1443 á la familia de Forbin. Anteriormente habia sido la propiedad de los príncipes de Lamberst, de la casa de Lorena.

En la minoría de Luis XIII, los habitantes de Aix, se insurreccionaron contra su soberano, y habiendo sabido los insurgentes que el señor de Forbin, teniente general, habia salido de la Barben para ir á reunirse al ejército del rey, que marchaba contra ellos, vinieron á sitiar aquel castillo. Se ve todavía sobre una de las torres, los agujeros de las balas que recuerdan lo obstinado y penoso del sitio. Aquella insurrec-



Vista exterior del castillo de Barben.

cion fué apellidada revolucion de *Carcabeaux* (del provenzal que significaba cascabeles), porque los insurgentes llevaban un brasero con cascabeles por divisa. Cuando se restableció el orden, el parlamento dió una sentencia que condenó á la ciudad de Aix á reparar el castillo de Barben, y ponerle en su primitivo estado. Cuenta Sirey en su repertorio, que los postes solos costaron á la ciudad de Aix un precio tan elevado, como si se la hubiera obligado á traer cedros del Líbano.

En 1793, el castillo de la Barben fué devastado de nuevo. El marqués de Forbin lo ha restaurado tal como está en

nuestros días. En 1825, el pintor Granet fué convidado por el conde Forbin, director de los Museos, á visitar á Barben, y encontró en la cocina de aquel antiguo señorío feudal, el asunto de un lindo cuadro, que presentó algunos años después en la esposicion, conocido bajo el título de *bendicion de las casas*. Habia al mismo tiempo en la Barben, otros muchos artistas reunidos por el conde Forbin, y entre otros Constantino de Aix. Este pacífico recuerdo contrasta con las antiguas tradiciones del castillo, casi todas siniestras y ensangrentadas.

FERNANDO BELTRAN.